

Mayena la necesidad de defenderse en Madrid y envió primeramente al presidente Jeannin; despues, temiendo que este magistrado no fuera bastante dócil, se arriesgó á introducir cerca de Felipe II al señor de Parage (1). «No por desconfianza de la bondad, ni ménos de la sapientísima y clarísima prevision de V. M., sino por la priesa que me da la urgencia de las cosas y la actividad de sus enemigos...» Y conjura al rey «tenga á bien mandar cuanto ántes la orden y provisiones, que demasiado sabe son muy necesarias para contener el impetuoso torrente.» Despacha luégo un tercer enviado á Madrid, el señor de Pelissier (2); procura que le recomiende el duque de Lorena, á quien va á ver á Verdun, y escribe á Felipe II: «Va para cuatro meses que no he recibido un escudo» (3).

V.—Los ejércitos españoles de Languedoc y de Bretaña

Si Farnesio no habia podido conducir más que un pequeño número de españoles á su primera campaña, si los banqueros y pagadores se lamentaban de tener vacías sus arcas, es porque Felipe II habia creído provechoso apoderarse de dos provincias francesas: allí diseminaba los soldados que habrian podido obtener una victoria decisiva, reunidos bajo la mano de Farnesio. No estaba seguro de conquistar á Francia; pero continuando este sueño, pretendia al mismo tiempo anexionarse el Languedoc y la Bretaña. Y enredaba y comprometia el gran proyecto con tentativas mezquinas.

El populacho de Tolosa, despues de haber asesinado al primer presidente y al procurador general, temia que lo castigara, ya el mariscal de Matignon, ya el duque de Montmorency, é invocó la proteccion de España. El jefe de la Liga era el mariscal de Joyeuse, que reclamó la misma intervencion (4).

Felipe II tenia razones especiales para acoger estas pretensiones: inquietábanle Aragon y Cataluña, que venian agitándose desde las turbaciones del condado de Ribagorza y creia ventajoso el pretexto de una guerra en Languedoc para tener un ejército cerca de los Pirineos. Pidió un estado de las fuerzas de que podía disponer en el Rosellon y la Cerdaña (5); vió que podría reunir unos dos mil hombres y encargó á Don Martin de Guzman ponerlos en

(1) Ms. Arch. nac. K. 1575, pág. 102. Mayena á Felipe II, de Soissons, 18 de marzo 1591.

(2) M. Arch. nac. K. 1578, p. 108.

(3) *Ibid.* K. 1578, p. 102, del 23 octubre 1591.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1575, p. 8.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1574, p. 61, de julio 1590.

pié de ejército (6). Como faltaban arcabuces, dió orden de comprarlos. «Creo, escribia, que no sería malo esto, tanto por tenerlos allí, como por sacarlos de Barcelona.» Adquirió los planos de Leucate y de Narbona (7), las dos plazas francesas que debian servir para el abastecimiento del cuerpo expedicionario, y dispuso que la flota de Doria ocupara todos los puntos de desembarco entre Rosas y Agde.

Como al mismo tiempo invadia la Provenza el duque de Saboya, Enrique IV iba á hallarse desterrado del Mediterráneo y muy luégo encerrado entre el Sena y el Loira.

Don Francisco de Eraso y un regimiento de alemanes, Jerónimo de Lodron y un regimiento italiano (8) desembarcaron en Narbona. «He visto esto, escribia el rey (9), en que con vendria tomar resolucion con brevedad, y así Don Juan de Idiaguez que lo mire todo y me lo acuerde.» Pero las órdenes tardaron como siempre: el italiano Lodron pedia refuerzos é ignoraba si debia incorporarse á Joyeuse, hallándose tan olvidado que hubo de arriesgarse á reemplazar de su propia autoridad los capitanes que morian. «Acabo de nombrar capitan al español Don Andrés de Muxia (10), que ha sido en otro tiempo capitan de infantería y hasta ahora ha servido honradamente, por lo cual merece el ascenso.»

En fin, el año siguiente, trae Don Gaspar de Guevara las levas de Cataluña y toma el mando del cuerpo de ejército. Comienza por entrar á saco la ciudad de Agen (11). «El castigo de los de Agen ha servido de manera que los más lugares que en este distrito tenian la parte de Memoranci se han reducido;» pero el regimiento de alemanes ha menguado mucho y el de españoles ha desertado en su mayor parte. Estos españoles, reclutados entre los bandidos de la montaña ó entre los ganapanes de Barcelona, no tenian mucho más valor que los alemanes, y se aprovechaban de la proximidad de la frontera para volver á su primer oficio. Su coronel Don Martin de Guzman escribia á Don Juan de Idiaguez (12): «La infantería española

(6) Ms. Arch. nac. K. piezas 68 á 71.

(7) *Ibid.* K. 1574, p. 4 y 146. Estos planos son curiosos y están bastante bien hechos por ingenieros italianos.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1575, pág. 59 y 60. Hieronimo de Lodron habia servido en la escuadra de Santa Cruz en las Azores.

(9) *Ibid.* Nota al márgen.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1576, p. 18. «Quel altre volte e stato capitano de infanteria et sinora anco ha servito honoratamente, dove merita ben esser promosso.»

(11) *Ibid.* K. 1576, p. 3.

(12) Ms. Arch. nac. K. 1576, p. 4.

se va deshaciendo con gran furia; así temo que dentro de pocos dias se han de quedar las cuatro banderas solas.» Entre tanto procuraba disculparse Joyeuse con Felipe II por su inaccion ó por sus descalabros (1), siendo al fin batido y muerto en enero de 1592 (2).

En Bretaña disimulaba mucho ménos sus deseos Felipe II.

Bretaña, segun los legistas, no habia formado nunca parte del reino de Francia (3); era patrimonio de la familia reinante. La reina Claudia, mujer de Francisco I, era por herencia la señora de Bretaña, y por herencia la infanta Isabel venia á ser legalmente la propietaria de Bretaña (4). Esta sutileza apartaba al hijo del duque de Lorena, que habria debido en todo caso heredar ántes que la infanta Isabel (5); pero Felipe II no se preocupó más de esto que en otro tiempo de las pretensiones de la casa de Parma sobre Portugal. Sin embargo, tenia otro competidor mucho más peligroso, por cuanto habia tomado ya posesion de la herencia: era el duque de Mercœur. Este lorenés, que Enrique IV habia nombrado torpemente gobernador de Bretaña (6), pretendia ser soberano de la provincia á título de su mujer María de Luxemburgo (7). María de Luxemburgo no carecia de firmeza ni de talento, pero no podia suplir la completa incapacidad de su marido. Mercœur no está siquiera en aptitud para gobernar su gente, escribian los agentes españoles (8). «Se le huyen los soldados no queriendo otra guerra que robar y prender y cada hora le piden dinero y otras impertinencias.» En cuanto á los señores, todavía son más salvajes. «No hay persona que tenga un castillejo que no piense que es gran señor y hará contribuir á las aldeas cercanas; de ma-

(1) Véase especialmente su curiosa carta sobre el episodio de Villedaillene, K. 1576, p. 36, del 27 setiembre 1591.

(2) Carta de su hijo á Felipe II, K. 1578, p. 129. Se ahogó en el Tarn huyendo, despues de derrotado en Villemur por Montmorency (Lestoile, 19 octubre 1592).

(3) La enorme cantidad de documentos que hay en los Archivos sobre esta historia local, habria debido tentar á un escritor jóven. Podria consultar unos treinta legajos; tendria tambien las piezas publicadas por la sociedad de bibliófilos bretones con el título: *Choix de docum. ined. sur l'hist. de la Ligue en Bretagne*, par M. Anat. de Barthelemy; Nantes, 1880; y asimismo varios escritos de la época, como *Discours véritable de la prise du comte de Soissons*, par Mgr. le duc de Mercœur, 1589, y otros. Hay documentos Ms. Bibl. nacional franc. 11534 y 18704.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1572, pág. 1 á 8, y Chiverny, *Memorias*, pág. 510.

(5) Porque era hijo de la hija mayor de Enrique II, mientras la infanta representaba los derechos de la hija segunda.

(6) Este Mercœur era hermano de la reina Luisa, mujer de Enrique III.

(7) Historia del duque de Mercœur, la Haya, 1692, p. 66.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1572, p. 65, de agosto, 1590.

nera que todo aquello está hecho un bosque de salteadores.»

Los ambiciosos, reducidos á la impotencia, tenian todos el mismo recurso: Mercœur se resignó, como los demás, á invocar á Felipe II (9), probablemente por consejo de su mujer, porque la altiva duquesa escribia al mismo tiempo que él á Felipe (10). «Si no tiene á bien V. M. venir pronto en nuestra ayuda, temo que corra mi marido una mala aventura.»

Por muy conveniente tuvo Felipe II enviar un ejército á Bretaña, como que no habia esperado esta súplica para reunir navios y soldados en la Coruña; pero se habian estado allí consumiendo los víveres y consumiéndose los soldados tambien de enfermedades.

El jefe de este cuerpo de ejército, Don Juan del Aguila, obtuvo al fin la orden de partida y desembarcó en Quiberon el 28 de setiembre de 1590 (11). Muy luégo ocupó á San Nazario con quince compañías, y á Blavet, ciudad arrasada, donde no quedaban en pié más que el fuerte y el monasterio de Santa Catalina, con otras dos compañías (12). Desde el primer dia arrastraba setecientos enfermos y entre ellos muchos capitanes (13). Los oficiales se lamentaban, como él, al rey, que ni siquiera habia sido capaz de proveer á sus necesidades en sus propios puertos. Estamos en la miseria, escribian á la vez Don Juan del Aguila y Don Pedro de Albisua, que mandaba las quince compañías de San Nazario, y Don Antonio de Herrera que comandaba seis, con Don Diego Maldonado, el diplomático (14); pedimos siquiera ayuda de costa.

El duque de Mercœur se da prisa á notificar, desde Dinant, á Don Juan del Aguila que es su afectísimo servidor (15), pero no le envia víveres. Sólo al cabo de un mes le llevan refuerzos y dinero unos barcos de Vizcaya, y con esto comienza el sitio de Hennebon el 26 de noviembre.

A la sazón costaba el ejército español catorce mil escudos mensuales (16), y el duque de Mercœur firmaba un recibo deshonroso de veinte mil escudos de oro, con toda esta letanía

(9) Ms. Arch. nac. K. 1572, p. 56, de julio, 1590.

(10) *Ibid.* p. 59.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1272, p. 71. Llama á este punto Biberon.

(12) *Ibid.* pág. 80, y K. 1580, p. 3, 4 y 16. Esta última da el plano de Blavet y de la rada. Habia en San Nazario 2132 soldados y 281 en Blavet.

(13) *Ibid.* K. 1572, p. 94.

(14) Ms. Arch. nac. K. 1572, p. 82 á 94.

(15) *Ibid.* p. 78.

(16) *Ibid.* p. 101.

de honores: MANUEL DE LORENA, *duque de Mercœur y de Penthièvre, par de Francia* (1).

Era el más inútil y trapacero de los mercenarios de Felipe II, y el más costoso también de Bretaña, donde las conciencias estaban á bajo precio. Si el país era demasiado pobre para sostener el ejército de invasión, lo era también para rehusar las pequeñas sumas. Nunca había visto Felipe II, en su larga experiencia, un patriotismo á tan vil precio. Por doce escudos trata M. de Villamont la traición de Brest; por ciento cincuenta se compra al más importante burgués de Nantes, La Motte-Jaquetot. La mujer del presidente Vely «que es dama principal,» da cuenta de lo que oye, por cien escudos (2); Mad. de Cambor, que hace el mismo oficio, obtiene ciento cincuenta para su marido, y Mad. de Boisdauphin toma trescientos. La importancia de la duquesa de Mercœur era bien evidente para que los agentes españoles juzgasen necesario hacerla vigilar por todas estas mujeres: en cuanto al duque, todo estaba reducido á comprar á su secretario por cien escudos: había entre estos caballeros quien se vendía hasta por veinte escudos.

Durante estos dobles tráficos, continuaba Hennebon su resistencia. La escuadra española se había abrigado en Blavet; la artillería no llegaba de Nantes; la caballería bretona era tan mediana que Don Juan del Aguila se veía obligado á dar sus caballos á los albaneses de las compañías italianas (3). El ejército español, quebrantado ya ántes de salir de la Coruña, continuaba decayendo.—El socorro, escribía Mercœur á Felipe II ha disminuido mucho á causa de la enfermedad de los soldados. No hay más que dos mil hombres en estado de servicio.—Hasta mediados de enero del año siguiente (4) no pudo Mercœur anunciar la toma de Hennebon (5). Pero está en pugna con Don Juan del Aguila. «Yo no hago esta guerra á mi modo, sino al del duque, escribe el general español (6), y si algunos descuidos suceden, V. M. sea servido entender que no es culpa mía... Fray Mateo de Aguirre es un enredador que se mete en todo, divulga nuestros secretos y ofrece dinero por saberlos.» Muy luégo se

(1) Ms. Arch. nac. K. 1572, p. 108.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1586, p. 1.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1572, p. 109.

(4) *Ibid.* p. 127, del 18 enero 1591.

(5) *Ibid.* K. 1575, p. 67. El ejército tiene entonces 2132 hombres, incluidos 193 enfermos. Además hay en Blavet 330 soldados, 280 marinos y otros tantos remeros.

(6) *Ibid.* K. 1583, p. 19, del 11 de mayo 1591.

queja también Don Juan de sus propios capitanes: tres de ellos solicitan dejar de servir á sus órdenes (7). Entretanto los partidarios de Enrique IV se apoderan de Guingamp (8). En setiembre desembarcan refuerzos y elevan el ejército español á cerca de cuatro mil hombres (9); pero el dinero no viene ya. Océpanse los puertos, decía Felipe II, y con un derecho sobre las mercancías manténganse las guarniciones (10). Pero los pagadores españoles de Bretaña gastan treinta y siete mil escudos mensuales (11) y se creen obligados á escuchar á todos los mendigos, hasta á Brisac, que llega de Poitou para llamar á sus arcas «haciendo los discursos que suelen los franceses» (12).

Esta venalidad comienza á disgustar áun á los mismos compradores, cuanto más que no reciben autorización para pagarse ellos sus servicios. «Habrá veinte años que ando sirviendo en negocios de estado, escribe Diego Maldonado (13), y me hallo hoy en día tan pobre y necesitado que no tengo debajo de la capa cien escudos, despues de haber gastado más de cinco mil que heredé de mis padres.»

En este contraste, tan humillante para nosotros, los soldados españoles sufrían la misma penuria que los agentes diplomáticos. Felipe II se preocupaba más de salvar sus almas que de asegurarles la subsistencia: esto es lo que pretendía hacerle entender el contralor Don Pedro de Illanes (14) con sutiles precauciones para excusar su buen sentido. «Acerca de que en los ejércitos de V. M. se guarde la ley de Dios como se debe, siendo V. M. tan católico y celoso de la guarda y observacion de los mandamientos divinos, se ha hecho grande instancia en que entre los soldados no haya pecados públicos de amancebados, rufianes ni personas que con mal ejemplo, no siendo casados, traigan consigo mujeres; y para conseguir esto, se ha tomado por medio al parecer conveniente echar las mujeres del ejército, y cuando salen los soldados por mar fuera del Reino no permitir embarcar las mujeres de mal vivir y procurar que se casen algunos que con mucha ansia porfían retener algunas mujeres. En el

(7) Ms. Arch. nac. K. 1583, p. 147 á 149.

(8) Cabrera, t. III, p. 478.

(9) Ms. Arch. nac. K. 1576, p. 40, de setiembre 1591.

(10) Cabrera, t. III, p. 490.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1575, p. 108, Carta de D. Infante.

(12) Ms. Arch. nac. K. 1583, p. 146 á 150. Cartas de Mendo de Ledesma.

(13) *Ibid.* K. 1580, p. 89, del 7 setiembre 1591.

(14) Ms. Arch. nac. K. 1578, p. 8, del 12 mayo 1591, Pedro de Illanes al rey.

Ferrol y otros puntos de embarque han tenido razon en no tomar á bordo mujeres de mala vida y afrentarlas y castigarlas, ú obligar á casarse á los que no quieren separarse de ellas. No se ha de imitar á los paganos que con malicia y ciega obstinacion como brutos tratan con las mujeres, sino interviniendo el santísimo sacramento del matrimonio. Pero si se impide la fornicacion, lo que áun decirlo causa horror, el mal busca otros caminos sin comparacion peores, más odiosos y abominables ante el conspecto de Dios, por lo cual muy de atrás los Santos Padres y propriamente para excusar mayores males y pecados, han permitido en la república cristiana lugares públicos notorios donde haya mujeres pecadoras conocidas, postradas á satisfacer á los vicios y sensualidades... y la dicha opinion la han tenido varones muy religiosos. Y esto seria más importante en este ejército que en cualquier otro para evitar un daño más grave, como quiera que estos soldados llegan hasta á casarse con bretonas, sospechosas todas de heregía.»

Estas francesas se llevaban á sus casas á sus maridos ó les echaban en cara la necedad de servir sin paga. Con esto, cuando recibieron la orden de atravesar toda la Bretaña para sitiar á Ancenis, ellas mismas los indujeron á la desobediencia. Uno de los campamentos se alzó en rebelion y eligió por jefe á un tal Pedro Navarra, que invitó al campamento de Ancenis á abandonar las banderas de Don Juan del Aguila para ir á ponerse á sus órdenes. El general envió á los rebeldes un hombre, cuyo valor le había hecho popular en el ejército, el capitan Don Francisco de Ayala. Al verle llegar, se agruparon los insurgentes y prepararon sus arcabuces. Uno de ellos tiró al suelo su sombrero diciendo que desde aquel momento no conocía ya rey. Los rebeldes enviaron á Ayala un tambor con la intimacion de que volviera á su campo. El heróico capitan, solo y á vista de ellos, prendió al tambor (1). Quiso libertarlo el mismo Pedro Navarra, jefe de los insurgentes, y Ayala lo prendió también, y á vista del campo insurrecto se llevó sus dos prisioneros, que presentó á Don Juan del Aguila. Pero el general no se atrevió á aprovechar tan feliz golpe temiendo la rivalidad de los demás jefes, el disfavor de los empleados y la cólera del rey, y dejó al general que Felipe había puesto á su lado, Don Mendo Rodriguez

(1) Ms. Arch. nac. K. 1583, piezas 10 á 15.

de Ledesma, caballero de Calatrava, que lamentara con los rebeldes.—Hijos míos, les escribió este, volved al camino del deber; si estais descontentos de Don Juan del Aguila, os pondremos á las órdenes del duque de Mercœur.

—Es burla, pusieron los rebeldes en la misma alocucion.

—No os fieis de Don Mendo, escribía Aguilá á Madrid; tiene tan poco hábito de tratar soldados, que cree todo lo que le dicen (2).

Los rebeldes se retiraron, unos á Poitiers, otros á Ruan, y el ejército de Bretaña quedó por muchos meses reducido á la impotencia.

VI.—Los aliados y los neutrales

En el estado de las provincias francesas remitido á Felipe II, se leen estas palabras á la cabeza del Delfinado y la Provenza: «Se dice que el duque de Saboya se ha establecido» (3). El duque de Saboya había, en efecto, caído en gracia á los marseleses; pero no pudo impedir que su vecino, el duque de Toscana, ocupara el castillo de If y la isla de Pomegues. Había, sin embargo, entre los dos italianos esta diferencia: el florentino tomaba el pretexto de conservar para Enrique IV, con ayuda de estos fuertes y su escuadra, las costas de Provenza, mientras el piomontés aseguraba á su suegro, Felipe II, que se consideraba como simple gobernador de Provenza, bajo su autoridad suprema; el Médicis, más banquero que príncipe, se interesaba en la partida del rey de Francia, anticipaba fondos á crecido interés, se proponía no ceder sino por buenos escudos las garantías tomadas (4) y tenía buen cuidado de mantener á costa de Enrique IV la caballería, que tuvo la audacia de enviar para combatir á los españoles en Francia. «Algunas tropas de caballería italiana enviadas á vuestro servicio por el gran duque, escribe el mariscal d'Aumont á Enrique IV (5), no sabian cómo pasar á vos, y se me han incorporado, pero tan menesterosas y

(2) La misma serie de piezas. Mendo de Ledesma es quien escribe al rey el mayor número de cartas y también las más largas.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1577, p. 90. Hé aquí los nombres de los gobernadores afectos á España: Bretaña, Mercœur; Normandía, Villars-Branças; Picardía, Aumale; Champaña, Saint-Pol; Isla de Francia, Belin; Borgoña, Senecé; Lyonais, Nemours; Languedoc, Joyeuse; Guiena, Villars-Savoie; Lemosin, Pompadour; Poitou, Brissac; Anjou, Boisdauphin; Auvernia, Saint-Vidal; Berri, La Chastre.

(4) Enrique IV paga más tarde doscientos mil escudos por If y Pomegues.

(5) Y no á Felipe II, como indica por error el legajo K. 1581, p. 28; sino que esta carta fué interceptada por los españoles y remitida á Madrid por Don Diego de Ibarra, como lo prueban las cartas K. 1581, p. 34 y 39 del 15 febrero 1592. Exasperado Felipe por esta defeccion, pone al márgen: «Hablar de ello al Padre Santo.»

miserables que lo hubieran pasado muy mal sin cuatrocientos escudos que he tenido que entregarles.»

El piamontés no pensaba tampoco en hacer la guerra á sus expensas, ni hacia más felices á sus soldados. Había obtenido de su suegro la promesa de cien mil escudos mensuales con el derecho de sucesion, para uno de sus hijos, del gran priorato de Castilla á la muerte del viejo bastardo Hernando de Toledo (1).—Llegó á Aix, escribía con entusiasmo á Felipe (2); voy ganando terreno; daré cuenta de todo á V. M.

—Enviadme pólvora, balas, municiones de boca, decía también á Don Juan de Idiaquez (3). Pero era ménos feliz en las conquistas que emprendía por su propia cuenta. Cuando quiso anexionarse el Delfinado, encontró en su camino á Lesdiguières.

Pequeño y fogoso, Lesdiguières era muy querido de los soldados y había consagrado cuarenta años de su vida á defender á Francia contra la codicia de Saboya. Su actividad, su prevision, su avezamiento á la guerra de montaña, le designaban como el jefe indispensable en esta frontera. El 15 de abril de 1591 batió á los piamonteses en Esparra y tomó «quince banderas ganadas con mengua de dicho duque» (4); venciólos de nuevo cuatro meses despues en Pontcharra, tomando diez y ocho banderas (5), y edificó el fuerte de Barrault para proteger á Grenoble.

Tan ambicioso, pero ménos emprendedor que el duque de Saboya, el duque de Lorena se contentaba con lisonjear á Felipe II, con repetirle que era muy suyo y le besaba humildísimamente las manos (6), con solicitar un capelo de cardenal para uno de sus hijos y darle las gracias por haberlo obtenido (7). «Sé que la autoridad, intervencion y favor de V. M. han sido la única causa de obtener esta promocion. Es aumentar sobre mí y los míos el número de las infinitas obligaciones que debemos á V. M. por los grandes favores que tiene la bondad de dispensarnos.»

Pero el único aliado que podía ser verdaderamente útil á Felipe II, era el Padre Santo.

El papa Sixto V se había pronunciado fran-

(1) *Corresp. de Ossat*.—Ossat á la reina Luisa, t. I, p. 169.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1578, p. 65. Carta autógrafa del duque á Felipe II, de julio 1591. «De lo que seguirá yo daré siempre aviso.»

(3) *Ibid.* K. 1578, p. 66.

(4) Chiverny, *Memorias*, p. 509.

(5) *Ibid.* p. 513; el 18 setiembre 1591.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1575, p. 116.

(7) *Ibid.* K. 1573, p. 70, del 13 de febrero 1590.

camente contra Francia, al saber el asesinato del duque y del cardenal de Guisa. Pero Enrique III le envió al obispo de Mans (8) con la mision de decirle (9) que si hubiera querido castigarlos «por las vías ordinarias de la justicia, tenía por ciertas su propia perdicion y ruina.» Sixto V dejó á su cancellería condenar el asesinato en estilo pedantesco, segun la costumbre (10), y se negó á escuchar las disculpas del obispo, interrumpiéndole con estas palabras (11): *E videte di non cascar in qualche disordine*. Son las propias palabras, dice el obispo, con que me replicó muchas veces, sin querer dejarme hablar del asunto.

Pero salvando así su dignidad, no está Sixto V descontento de ver preocupado por las cosas de Francia á todo un Felipe II. Conocía la penuria financiera de España, el aniquilamiento de su ejército, y estaba dispuesto á aprovecharse de un desastre posible para hacer valer sus propias pretensiones al reino de Nápoles. Mientras duró el pontificado de este papa, estuvo Felipe II en continuas inquietudes. Sixto V había reunido un tesoro cuantioso en el castillo de San Angelo, alistaba gente de guerra y amenazaba reconocer por rey de Francia á Enrique IV (12).—Protestaré, decía el fogoso conde de Olivares, embajador de España, y publicaré en todo el mundo este crimen contra la Iglesia de Dios.—En ese caso, replicaba el papa, haré que os corten la cabeza.—Yo llamaré á mí á todos los de mi nacion, súbditos del rey Católico, y saldremos de Roma desafiándoos.

El rompimiento parecía inminente: para intimidar á la curia romana, el embajador Olivares había hecho venir de Nápoles y acampar en las fronteras de los Estados Pontificios las aguerridas compañías destinadas á reforzar el ejército de Flandes (13). Sixto V se rodeó de guardias y siempre que salía del Vaticano hacia ocupar las calles por fuerza armada (14), y en pleno consistorio llevó su enojo hasta hablar de

(8) Llamábase Angennes de Rambouillet.

(9) Ms. Ministerio de Negocios extranjeros. Regist. Roma, Suplem. tom. II, fol. 106 y siguientes.

(10) *Ibid.* Suplem. t. I, fol. 282. «Infandum dolorem explicare cogimur et vere hodie infandum, tum quia nec eum fari nec exprimeré possimus, tum quia propter infandum ac inauditum scelus et sacrilegium, illum conceperimus. Occisus est cardinalis Guisus, occisus est cardinalis, occisus est presbyter cardinalis qui erat archiepiscopus Remensis, sine processu, sine iudicio, sine lege, sine legitima...»

(11) *Ibid.* Suplem. t. II, fol. 178.

(12) Herrera, t. III, p. 216.

(13) Cabrera, t. III, p. 424.

(14) Herrera. Véase Ms. Bibl. nac. franc. 3960, fol. 83, una carta de Felipe II á Sixto V, del 13 set. 1589, pidiéndole fondos con urgencia.

expulsar de Roma al conde ó de encerrarle en el castillo de San Angelo.

Felipe II llamó al conde de Olivares, le envió de virey á Sicilia y le reemplazó en Roma con el duque de Sesa. Algunos dias despues de la llegada de Sesa, murió de repente Sixto V. «Y viéndose el Pontífice tan apretado de todos y en particular de los embajadores católicos, se halló tan congoxado, que sintiendo demasidamente la libertad con que se procedía, siendo de su naturaleza sensitivo, dándole un recio accidente de calentura, en pocos dias se murió» (1). Tal fué la version oficial en España. En Francia, uno de los predicadores asalariados por Felipe II, el párroco de San Andrés, hubo de decir en el púlpito: «Dios nos ha librado de un mal papa y político; si hubiera vivido más, os habriais asombrado de oír predicar en Paris contra el papa; y sin embargo, hubiera sido preciso hacerlo» (2). Pero el vulgo creyó en un envenenamiento: ningun indicio, salvo el interés de Felipe II, permitía sin embargo dar asenso á esta leyenda.

España tuvo que luchar con muchas dificultades para obtener un papa dócil á su política contra Francia. Urbano VII, que anunciaba intenciones conciliadoras para con Enrique IV, murió á los doce dias (3). El cardenal Sfondrati, de la faccion española, elegido en seguida con el nombre de Gregorio XIV (4), murió al cabo de dos meses; Facinetti, cardenal Sanctiquattro, que tomó el nombre de Inocencio IX, murió en ménos de un año, *envenenado* por los españoles, segun opinion popular (5). En fin, Aldobrandino, con el nombre de Clemente VIII, pudo reinar diez años (6).

Gregorio XIV comenzó su breve pontificado excomulgando á Enrique IV y entregando á Felipe II el tesoro de Sixto V. Envio también un cuerpo de ejército en socorro de la Liga, al mando de su sobrino Sfondrati, *condottiere* milanés que vino á ser de repente duque de Montemarcano (7). Este ejército se disolvió al saber la muerte del papa, y el nuevo pontífice, Inocencio IX, se contentó con suministrar á los parisienses una subvencion de quince mil escu-

dos mensuales (8) y enviarles por nuncio, en lugar del desgraciado Gaetano, que había tomado el pretexto de los conclaves para retirarse de Paris (9), al cardenal Segá que había desempeñado ya misiones cerca de Don Juan de Austria y de Felipe II. Pero Clemente VIII fué quien mostró más celo, pues no se limitó á ser enemigo de Enrique IV, sino que se opuso también á que la Iglesia celebrara las exequias de Enrique III, á pesar de las súplicas de la reina Luisa, su viuda; y en el breve en que prohibía estas honras fúnebres, hasta le negó el título de rey. «Será menester esperar, escribid' Ossat (10), que Francia tenga un rey pacífico y que la curia romana tenga que esperar y temer de él.»

Sostenido secretamente por el gran duque de Toscana y por el emperador, Enrique IV no tenía por aliados manifiestos más que á los príncipes protestantes de Alemania, el sultan Amurat (11), la reina de Inglaterra y la república de Venecia.

Pero la reina de Inglaterra, en medio de sus crisis nerviosas, ahora enviaba un ejército en socorro de Francia, ahora advertía á Enrique IV que no debía ya contar sino con sus oraciones. Acababa de perder á su ministro Walsingham. «Buena nueva,» puso Felipe al margen de la carta en que se le anunciaba esta muerte (12). En efecto, el partido de la alianza francesa se hallaba reducido á lord Burleigh y al conde de Essex.

La república de Venecia había estado atrevida en acreditar á sus embajadores cerca de Enrique IV. La aristocracia veneciana, como todos los cuerpos políticos cuyos miembros están formados desde la infancia para el gobierno de su país, tenía una amplitud de miras muy rara en aquella época. Cuando Duplessis Mornay, que muy jóven se halló en Venecia un día de Pascua (13), vió al dux, á la señoría, á todo el pueblo postrarse de rodillas al salir de San Márcos el Santísimo Sacramento «él solo permaneció de pié y cubierto, sin que nadie se indignara contra él.» Aquellos políticos sentían la necesidad de preservar á

(8) *Cartas inéditas del cardenal d'Ossat*, publicadas por Tamizey de la Roque, p. 32, Ossat á Zamet.

(9) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 94.

(10) *Corresp. del cardenal d'Ossat*, publicada por Amelot de la Houssaye, t. I, p. 152.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 5. Pero Felipe estaba en buenas relaciones con el sultan de Fez, desde la conquista de Portugal. Véase *Cartas de Madrid*, 8 agosto 1581.

(12) El 18 abril 1590. K. 1571, p. 81.

(13) En 1570. Mad. de Mornay, *Memorias*, publicadas por Mad. de Witt, t. I, p. 30.

(1) Herrera.

(2) Palma-Cayet, p. 235; Duplessis-Mornay, t. IV, p. 466; Les-toile, p. 34.

(3) Sixto V muere el 27 agosto 1590; Urbano VII es elegido el 15 de setiembre y muere el 27.

(4) El 4 diciembre 1590.

(5) Le Petit, t. II, p. 595. Muere el 30 diciembre 1591.

(6) Elegido el 2 de febrero 1592, muerto en 1601.

(7) Cabrera, t. III, p. 492.